

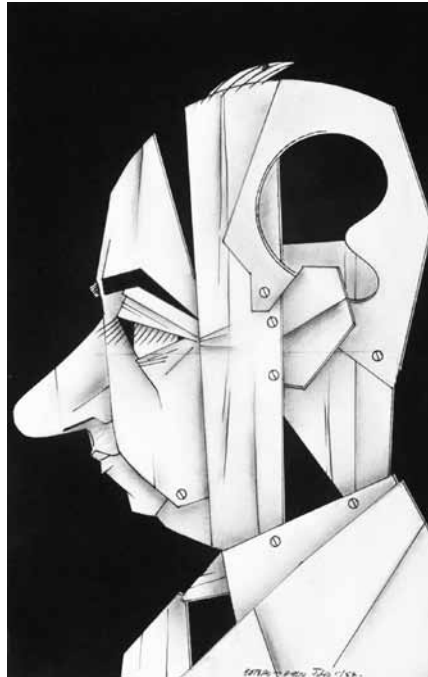
Ómar Rayo

Miguel González / Curador del Museo de Arte Moderno La Tertulia de Cali y del Museo Rayo de Roldanillo

Ómar Rayo murió el 7 de junio de 2010 de una falla cardíaca. En el momento de su fallecimiento estaba en exhibición, en el museo que lleva su nombre en Roldanillo, localidad del departamento del Valle del Cauca, y que guarda una colección de dibujo y grabado latinoamericano, medio centenar de pinturas. Dicha serie fue la última realizada a lo largo de 2009 y se inauguró cuando el museo cumplió 29 años de existencia el 20 de enero del 2010, cuatro meses antes de su deceso. En este último proyecto continuaba resolviendo un juego de luces y sombras con colores dominantes como rojo, negro, blanco y gris. Su técnica seguía siendo impecable y la factura no revelaba que su autor tuviera 81 años cuando la pudo construir en grandes y medianos formatos utilizando acrílico y lienzo como soportes.

Rayo había sido especialmente fructífero durante los nueve primeros años de la década del nuevo milenio. Produjo nutridas series de variados colores como *Criaturas Abisales*, *Semillas del Sol*, *Corteza del Arco Iris*, *Crisálida del Arrebol*, *Mullida Huella del Viento*, *Los juguetes de Mateo* y su producción final *Tizón, fósil de fuego*. En ellas el blanco y negro son la base propicia para abordar problemas cromáticos: amarillo, tono dominante en el conjunto dedicado al astro llameante, los seres abisales se ofrecieron en aguamarina o azul petróleo, los juguetes de su nieto lo llevaron a realizar su último conjunto de tonos luminosos y variados: rojo, verde, amarillo, azul, naranja que junto al blanco, gris y negro exaltaban la idea de una lúdica centrada en la sugestión retinal.

El artista había nacido en Roldanillo, una apartada población al norte del Valle del Cauca en 1928, seguramente esa fue la razón más poderosa para gestar la idea de un museo que finalmente se inauguró el 20 de enero de 1981 y que ahora celebra sus primeros 30 años exhibiendo una retrospectiva de su obra que comprende desde la etapa formativa que se remonta hasta 1947 cuando comenzó su carrera como caricaturista e introdujo una modalidad muy original dentro del género que él bautizó como *Maderismo*. Término que acuñó Omar Rayo para designar sus caricaturas elaboradas a partir de pedazos de madera que iban configurando el rostro del retratado. Este particular estilo diferenciaba su producción de manera radical con relación a sus contemporáneos dedicados al mismo medio. Los trabajos se publicaron en varios medios impresos, especialmente en las carátulas de la revista *Semana*. Efectivamente los rostros de políticos y artistas fueron

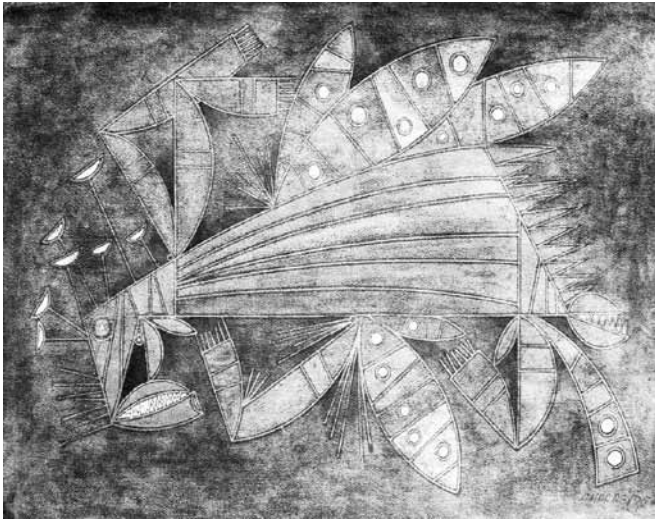


Caricatura Maderismo, Pasto 1954

sometidos a un tratamiento especial que los revelaba armados a partir de varios leños. Su propuesta también indagó en la Pintura Metafísica y en las estilizaciones y grandes espacios del Surrealismo. Los trabajos realizados bajo esos parámetros se conocen como *bejuquistas*. El bejuquismo nació como una opción también de caricaturizar. Como su nombre lo indica las formas se alargaron y estaban referidas a los bejucos o lianas del reino vegetal. Las obras bejuquistas se convirtieron en su primer estilo pictórico y se ofrecieron a través de dibujos y pinturas independientes, con las cuales el artista realizó parte de sus primeras exhibiciones individuales. Empezó un viaje en 1954 por países del continente: Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay y Brasil. La geometría, sinónimo de modernidad, se fue apoderando de todos sus argumentos y terrenos. Como consecuencia realizó una larga serie con indígenas y animales que conforma el conjunto de esa travesía: *Vía Sur*.

Después de regresar a Colombia emprendió en 1959 el viaje a México. La estancia en este país, conocido en el mundo del arte por el Muralismo, transformará su vocabulario visual de manera definitiva. Su pintura se volverá abstracta-geométrica y descubrirá el grabado como un vehículo expresivo independiente. A propósito de esta segunda modalidad, en el museo de Roldanillo se ha abierto una sala dedicada a contar la historia de Rayo y sus famosos intaglios que nacieron en su taller mexicano. El artista usó objetos reales y los frotó obteniendo relieves que mediante su propia sombra y volumen revelaban su existencia. Los argumentos de la vida cotidiana abordados por Ómar Rayo lo hicieron parte de una estética que la década del sesenta hizo suya: el Pop-art. Él es un referente singular de esos presupuestos.

Otro aporte es la particularidad de su pintura, que adquiere un carácter especial cuando el artista se traslada a Nueva York en 1960. Allí va a pintar durante los primeros años obras racionalistas de corte constructivo y contornos precisos: con rigor y sobriedad como meta. Estas obras serán el génesis para sus trabajos sombreados que se establecen también en este decenio y que insertan su propuesta dentro del arte óptico, otra de las opciones de estos años signados por la guerra del Vietnam, la marihuana, el ácido, la minifalda, el rock, la psicodelia y la revolución cubana. Nueva York era una ciudad palpitante y en ella Ómar Rayo hizo una pintura vibracionista, sugestiva, articulada con el momento cambiante y relativo que se vivía.



Insecto, Montevideo, 1957

Las bandas entrelazadas y sombreadas se convirtieron en la propuesta emblemática del artista. Con ellas no sólo realizó obras rectangulares y cuadradas, sino que fue capaz de proponer bastidores multiformes y de adosar objetos a estas pinturas para que reanimaran sus argumentos en torno a lo cotidiano y ciudadano.

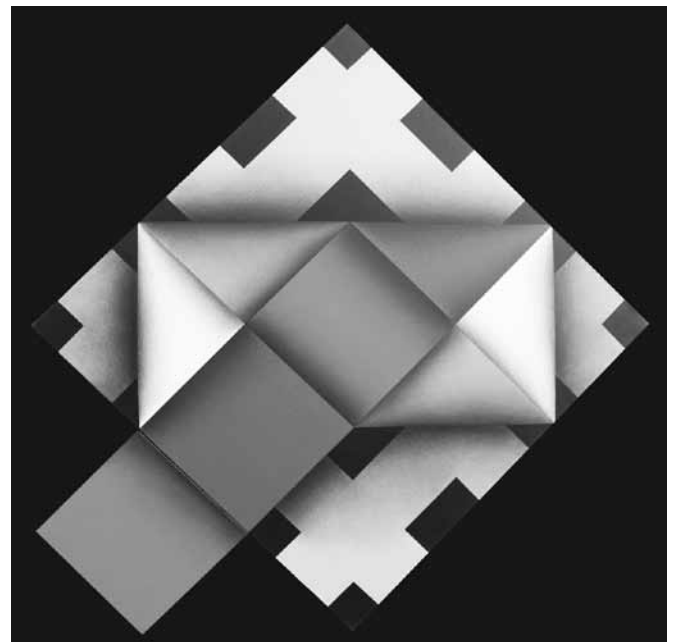
La carrera de Ómar Rayo se estableció internacionalmente en la década de los sesentas. En ese decenio realizó 36 exhibiciones individuales y participó en muestras colectivas en un amplio espectro de ciudades como: México D.F., Boston, Filadelfia, Nueva York, Washington, Madrid, Roma, Berna, Tokyo, Santiago, Nagoya, Ginebra, Ljubljana, San Juan, Chicago, Quito, San Diego, Jerusalén, Long Beach y Londres. Además de hacer parte en los certámenes colombianos como el Salón Nacional en Bogotá, la Bienal de Arte de Coltejer en Medellín y los Salones Latinoamericanos en Cali. En ese lapso se hace acreedor a seis reconocimientos internacionales.

En los años setentas realiza 54 exposiciones individuales en Estados Unidos y Latinoamérica. Al tiempo sus trabajos se incorporaron a muestras grupales en Cracovia, Osaka, Lima, Honolulu, París, Buenos Aires, Nueva York, Barcelona, Río de Janeiro, Caracas y Miami. Recibe seis reconocimientos entre los que se destacan el Premio Internacional en la Bienal de Sao Paulo y la Beca Guggenheim. En los últimos veinte años del siglo XX su prestigio se consolida no solo por las 65 muestras personales que realizó en los ochenta y el premio Berni en la Bienal de La Habana de 1984 sino por las retrospectivas y antologías que se realizan de sus pinturas y obra gráfica. La bibliografía sobre su obra se incrementa en textos no solo de la historia del arte colombiano y latinoamericano, sino en libros monográficos sobre su trabajo y personalidad. Rayo escribió sus pensamientos que aparecieron impresos en varios textos, diseño carteles, libros

y catálogos, tomó y exhibió fotografías, produjo esculturas para espacios interiores y también monumentales para lugares públicos. Trabajó como gestor cultural en su propio museo e ideó vallas con obras de artistas latinoamericanos en la carretera que conduce de Zarzal a Roldanillo. Gestionó la colección de dibujo y grabado latinoamericano que constituye el acervo del museo que lleva su nombre, pudo vivir intermitentemente entre Nueva York y su ciudad natal y atender a todos los viajes que su carrera demandaba y que lo llevó a lugares tan apartados como Beijing y Sidney en el nuevo milenio.

Rayo a lo largo de su carrera se inspiró en la historia del arte, en la literatura y en la música. También se remitió a la producción precolombina donde encontró los orígenes de su propia geometría. Hizo series en homenaje a esas civilizaciones y a las comunidades todavía existentes. También dedicó grupos de obras a su esposa la poeta Águeda Pizarro y a su única hija Sara. Igualmente se dejó impresionar por los fenómenos de la naturaleza: los títulos de sus últimas obras así lo confirman.

Ómar Rayo fue un profesional destacado y brillante que hizo parte de una generación de artistas latinoamericanos con similares intereses. Entre ellos él pudo diferenciarse y aportar. Algo similar sucedería con los artistas nacionales que como Alejandro Obregón, Edgar Negret, Enrique Grau, David Manzur, Hernando Tejada, Eduardo Ramírez Villamizar, Lucy Tejada o Fernando Botero fueron sus contemporáneos. Ómar Rayo es un referente del arte colombiano durante el siglo XX, en cuya segunda mitad él pudo encontrar el estilo que hoy lo singulariza y lo hace especialmente particular.



Crisalida del Arrebol XXVIII, 2004, Acrílico sobre lienzo